

DÍA 29: ESPERANDO LA PROMESA DEL PADRE

Les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre. (Hechos 1:4.)

Al hablar de los santos de Jerusalén, con ocasión del nacimiento de Cristo, con Simeón y Ana, vimos que, aunque la redención que ellos esperaban ya ha llegado, la llamada a esperar no es menos urgente ahora que entonces. Esperamos la plena revelación en nosotros de lo que les llegó a ellos, pero que ellos apenas podían comprender. De la misma manera nosotros estamos esperando la promesa del Padre. En un sentido, el cumplimiento no puede volver otra vez como ocurrió en Pentecostés. En otro sentido, y esto con una realidad tan profunda como para los primeros discípulos, necesitamos esperar diariamente en el Padre, para que cumpla la promesa en nosotros.

El Santo Espíritu no es una persona distinta del Padre en la manera en que son distintas dos personas en la tierra. El Padre y el Espíritu no pueden nunca ser separados el uno del otro. El Padre es siempre en el Espíritu; el Espíritu no hace sino lo que el Padre obra en él. En todo momento el mismo Espíritu que está en nosotros está en Dios también, y aquel que está más lleno del Espíritu será el primero en esperar en el Padre con más anhelo, para que se cumpla mejor la promesa y todavía ser reforzado poderosamente por el Espíritu en el hombre interior. El Espíritu en nosotros no es un poder que está a nuestra disposición. Ni es el Espíritu un poder independiente, obrando aparte del Padre y del Hijo. El Espíritu es la presencia viva y real y el poder del Padre, obrando en nosotros. Por tanto es precisa-mente aquel que sabe que el Espíritu está en él, el que espera la plena revelación y la experiencia de lo que es el revestimiento del Espíritu, así como su aumento, para que abunde más y más.

Esto lo vemos en los apóstoles. Fueron llenos del Espíritu en Pentecostés. Cuando, no mucho después, al regresar del Concilio, se les prohibió que predicaran, obraron de nuevo pidiendo valor para hablar en su nombre y un nuevo descenso del Espíritu Santo fue el nuevo cumplimiento de la promesa.

En Samaria, por obra del Espíritu y de la Palabra, se convirtieron muchos y toda la ciudad se llenó de gozo. Ante la oración de los apóstoles, el Padre cumplió otra vez la promesa. Lo mismo a la compañía de los que esperaban en casa de Cornelio: «Estamos aquí delante de Dios.» Y también en Hechos 13. Fue cuando los hombres llenos del Espíritu oraron y ayunaron, que la promesa del Padre fue cumplida de nuevo, y la dirección del Espíritu ordenó desde el cielo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo.»

También hallamos a Pablo, en Efesios, orando en favor de aquellos que habían sido sellados con el Espíritu para que Dios les concediera el espíritu de iluminación. Y más adelante, para que Dios les concediera, según las riquezas de su gloria, el ser fortalecido con el poder del Espíritu en el hombre interior.

El Espíritu dado en Pentecostés no fue algo que Dios no podía usar en el cielo y así lo envió a la tierra. Dios no da las cosas de esta manera. Cuando El da gracia, fuerza o vida, lo da dándose a Sí mismo para obrarlo: es decir, es algo inseparable de Sí mismo. (Esto se explicará al final en una nota: El Poder del Espíritu.) Mucho más por lo que se refiere al Espíritu Santo. Es Dios, presente y obrando en nosotros. La verdadera posición en la cual podemos contar con esta obra con incesante poder es dando gracias y alabando por el poder que tenemos, esperando todavía en la promesa del Padre para ser llenos del mismo con más abundancia.

¡Qué nuevo significado y promesa da esto a la vida de espera! Nos enseña a conservarnos en el lugar en que los discípulos esperaban en el estrado del Trono. Nos recuerda que, impotentes cómo eran de hacer frente a sus enemigos, o de predicar a los enemigos de Cristo, hasta que fueron revestidos de poder, nosotros también sólo somos fuertes en la vida de fe, o la obra de amor, cuando estamos en comunicación directa con Dios y Cristo, y ellos mantienen la vida del Espíritu en nosotros. Nos asegura que la voluntad del Dios omnipotente, por medio de Cristo glorificado, obra en nosotros un poder que puede hacer que ocurran cosas inesperadas, cosas imposibles. ¡Oh!, ¿qué es lo que no podrá hacer la Iglesia cuando sus miembros individualmente aprendan a vivir vidas de espera en Dios, y cuando juntos, habiendo sacrificado su yo y el mundo en el fuego del amor, se unan esperando unánimes la promesa del Padre, que se cumplió una vez tan gloriosamente, pero todavía no se ha agotado o no ha caducado?

Ven y quedémonos quietos en presencia de la inconcebible grandeza de esta perspectiva: el Padre esperando llenar la iglesia con el Espíritu Santo. Y queriendo llenarme a mí, puede decir cada uno.

Con esta fe se extiende sobre el alma un silencio y un santo temor, mientras espera en quietud para recibirlo todo. Y que la vida pase a ser de modo creciente un gozo profundo, en la esperanza de un cumplimiento de la promesa del Padre, cada día más pleno.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!